

ausencia de prejuicios, el anhelo fervoroso por transformar todas las miserias diarias, por evitar al humilde su constante condición de ofendido y comprendemos que «Camarada» es una obra que llegará a ser el verdadero camarada de los harapientos. Creemos que este puede ser el mejor elogio de la novela de Humberto Salvador.—ARTURO TRONCOSO.



HOMBRES, por *Eugenio González*.—(Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1935.

A pesar de que la producción literaria de Eugenio González es exigua, su nombre se destaca, egregio, en nuestras letras. La aparición de su novela «Más Afuera», tuvo todo un valor consagratorio. De suerte que la publicación de un nuevo libro suyo era esperada ansiosamente por cuantos tienen aficiones literarias. Por eso, su última novela «Hombres» ha provocado ya el comentario crítico; elogiada y denigrada, esta novela de González no podía pasar inadvertida en nuestra abundante cuanto mediocre producción de este último tiempo. Tiene «Hombres» merecimientos y defectos tales, que en torno a ella se polemizará, saliéndose del mero juicio literario para abarcar trascendentales problemas sociales y políticos. No es tal nuestro ánimo; sólo estamparemos nuestras personales acotaciones de lector presuroso.

Juzgar un libro es justipreciar sus méritos y dolencias de forma y de fondo; se dan a veces tan indisolublemente unidos estos aspectos, que es imposible separar el uno del otro, pues entre ambos existe íntima correlación. Aun cuando en este libro de González la forma es la genuina expresión de su contenido, debemos, al juzgarlo, demarcar nítidamente el fondo y la forma.

El más exigente en materia de lenguaje, tendrá que convenir en que «Hombres» está escrito en una prosa impecable,

no en el sentido gramatical, de fría corrección sintáctica, de discreto uso de los enclíticos, etc. Impecable nos parece la prosa de este libro, porque hay riqueza de vocabulario, expresiones novedosas, sugerencia en las frases, variada la adjetivación, sin ser profusa, pero lo suficiente para henchir los períodos de nervio y reciedumbre, musicalidad y transparencia, como aguas rumorosas que discurren lentas, graves, por el lecho que va abriendo implacable el denso caudal, clarificándose en un correr incesante.

La descripción de un mitín, la vida misérrima de un conventillo, las orgías en una casa de prostitución, las discusiones entre académicos de la revolución, los estados anímicos de sus personajes, todo ello tiene tal color y poder de sugerencia, en este desfile sonambulesco de revolucionarios descentrados, de adolescentes románticos y literalizados, poetas sin versos, borrachos de palabras y de teorías. Son páginas de patética belleza esas en que González pinta la vida y muerte de una pobre lavandera en un conventillo, mientras su hijo, su esperanza, lleva una existencia desorbitada y sórdida, como la de casi todos los revolucionarios que desfilan a través de las páginas de «Hombres».

Por todo ello, este libro se lee sin exigir al lector esfuerzo de concentración; al contrario, lo retiene, abstraído en la lectura, firmemente engarfiado a ella, hasta dar remate a la historia de todas esas vidas que pasan vertiginosas ante nuestra emoción atenta.

Así apreciada la forma de esta novela, estamparemos ahora lo que su contenido nos sugiere. Desde luego, hay que hacer notar que novela en el sentido que la preceptiva da a este género literario, no lo es este libro. No hay unidad en la acción, carece de personajes centrales que hagan de protagonistas, alrededor de los cuales gire la trama, la cual tampoco existe; no hay propiamente una intriga que despierte la curiosidad de saber cuándo los personajes se casan, qué es lo que comen, cómo

eyaculan, es decir, todas esas triquiñuelas que tanto gustaron a nuestros antepasados y siguen gustando a los choferes y señoritas en sus lecturas de novelones. «Hombres» está formado por una sucesión de cuadros que se refieren a una huelga de zapateros, acaecida por el año 1920. Todo gira en torno a este hecho que tuvo un carácter francamente revolucionario. Y, a nuestro juicio, el mayor merecimiento de este libro reside, después de la forma en que está escrito y que ya hemos elogiado, en la pintura, al aguafuerte, de numerosos revolucionarios y de los ambientes en que actúan. González pinta a sus personajes introspectivamente, los retrata no por sus características físicas, externas, por su modo de andar y por el color de su pelo. Nos los presenta por sus diferenciaciones psicológicas; son los pensamientos íntimos, más que sus palabras, los que sirven para conocer a los personajes de esta novela. Y en ello González ha acertado plenamente. Vargas, Rosenberg, Sierra, Gómez, Leiva, Zapata, Marín, todos ellos tienen una existencia propia bien diferenciada, que va más allá de las frías páginas de la novela para vivir reencarnados en numerosos seres que hemos conocido en nuestras vidas. ¿Son todos ellos *hombres*, no en el sentido masculinamente biológico del vocablo, sino por sus caracteres firmes, por sus limpiezas de alma, por sus generosidades, por sus talentos, por la sinceridad de sus ideales, etc.? He aquí una interrogación que se nos ha interpuesto en todo el curso de la lectura de «Hombres». Y cabe responder, al voltear la última página, con un rotundo *no*. Ex hombres, subhombres, es el calificativo que, en definitiva, merecen casi todos esos personajes que González ha pintado en su libro, pues todos ellos son, en el fondo, mezquinos, desorientados, abúlicos, ambiciosos, arribistas, de corazones menguados, empequeñecidos por sus propios instintos, almas turbias como aguas encenegadas.

Acaso, estas vidas noveladas por González sean reales o simplemente imaginarias. Ello no nos interesa. Al arte no le incumbe verificar los hechos. Son verosímiles, y basta. Así él

las conoció o así él las imaginó; no podemos exigirle que nos las pinte a nuestro amañó para contentamiento de nuestras personales ideologías. El artista obra de acuerdo con sus íntimas sollicitaciones; lo otro, sería falsearse, hacer un arte ad-hoc, de gabinete, insincero. Es decir, sin calidad humana. Exigirle a González la pintura de héroes cuando él no los *siente*, es pedirle a un hombre que sea risueño cuando en su alma asoma siempre la tragedia. Un absurdo.

Ahora bien, que la novela de estas vidas sea negativa, así la creó González y así tenemos que cogerla nosotros. En verdad, «Hombres» resume desilusión, creímos un momento que esos revolucionarios tenían ideales y luchaban desinteresadamente por ellos, que eran capaces de sobreponerse a las mezquindades torvas de la vida; pero, a la postre, resultaron derrotados por sus propias almas sin fuego, corazones vacíos de cordialidad, vidas que parecieron ser heroicas y que terminaron en el más uniforme anonimato.

Leído este libro, deja en el alma del lector amarga desesperanza. González, que conoció nuestros ambientes revolucionarios, cree que en ellos no se dieron héroes. Triste verdad para los que ansían una mejor vida, tiempos mejores, menos padeceres y más alegría. Pero lo que así fué, no significa que así sea o será.

Eugenio González se incorporó en plena juventud a las luchas revolucionarias, actuó dentro de ellas ocupando situaciones destacadas; ahora está alejado de todo ello y escribe esta novela desesperanzada. Ya el joven revolucionario de ayer, se ha tornado en un escéptico. Acaso siempre lo fué. ¿Podemos, entonces, exigirle un entusiasmo por lo que no siente ni ha sentido? Creemos que González es sincero consigo mismo, y ello es suficiente para explicarnos su íntima reacción frente a hombres y acontecimientos. Para otros la doctrina y la lucha. Dejemos al artista encerrado en su yo, laborando en su corazón las emociones que la vida le vaya sugiriendo a su paso ingrato. Y en-

tonces, el artista podrá darnos páginas tan bellas como las que hemos encontrado en este libro desilusionador.—MILTON ROSSEL.



DON DIEGO PORTALES. (Historia novelada.) *Máximo Soto-Hall.*

Leyendo esta novela del conocido escritor centroamericano, llega uno a convencerse de que el político chileno está bien ahí: en la novela. Voluntarioso, porfiado, enamorado en ocasiones, no es el personaje de América, ni siquiera de Chile, que el Sr. Encina, con criterio provinciano, estudiara en páginas de lectura difícil y aburridora.

Ni estadista ni político de visión amplia, Portales fué sólo un espíritu enérgico en una época turbulenta de la vida chilena. Y debe a un partido político su monumento y su pequeña gloria.

Soto-Hall ha desarrollado con maestría el plan de la novela, y logra que el lector devore sus páginas con interés mantenido. Pero tiene su obra, el mismo punto débil—imperdonable en este caso—de toda su labor de ensayista: el estilo.

Pobre, vulgar, sin sugerencias, incorrecto muchas veces, sin calor humano siempre, interesa con su relato sin que consiga emocionar. Conoce la técnica de la novela como pocos escritores indoamericanos de hoy, pero eso no basta para ser novelista. Le falta lo interno y lo externo. La pasión que se transmite y la forma expresiva que atrae.

Con todo, pensamos que mientras el voluminoso estudio del Sr. Encina, digno de un personaje universal, más que de un mediano político criollo, será, en plazo muy breve, durmiente forzoso en estanterías que nadie revisa, esta novela (1) de Soto-Hall, a pesar de sus deficiencias, dará a conocer en Amé-

---

(1) Editorial Ercilla.—Santiago, 1933.